

DE **ALBERT CAMUS**

Esta obra — editada por Gallimard de París, agosto, 1956. — la última de Camus, es la primera que de este autor llega a mis manos. La precedieron «Les Justes» y «La Peste», de las que sólo he leído unas pocas referencias, pero el nombre de su autor había sonado ya repetidamente en mis oídos como escritor de gran talento e insobornable amigo de la verdad.

Abrió «La chute» con gran ilusión y curiosidad. Estupor, desde las primeras páginas. Un monólogo obsesivo y obsesionante recorre la pista blanca y rectangular de cada hoja, con trazas de no acabar, de seguir así hasta el final. Palabras alucinadas, jamás clarividentes. De vez en cuando, una ráfaga de locura ilumina cruel y excesivamente un pasaje del relato con la luz viva, monocromática, privilegio exclusivo de los orates. Ambiente sórdido; un cafetín de Amsterdam con nombre americano, «México-City». Niebla del puerto, brumas de alcohol, humo de tabaco. Algo repele y algo atrae. Entre estupores, se lee con avidez.

De pronto, el ámbito extravagante creado por el monólogo, rítmico golpear de un taladro contra los tímpanos del lector, se me antojó conocido. ¿Dónde, antes...? Y un título acudió a mi recuerdo: «La sonata a Kreutzer». Un sucio vagón, noche, niebla, frío, y superándolo todo la voz cascada de Pozdnitxev.

Tolstoi se sirve de Pozdnitxev, torturado asesino, de su mujer, para lanzarse a una crítica vigorosa e impresionante de las costumbres matrimoniales de su tiempo. Pozdnitxev habla incansable con un desconocido y accidental compañero de viaje. Este, de vez en cuando, le anima a proseguir con una pregunta, con un breve comentario. El diálogo es, de hecho, un monólogo. Camus lo ha apurado más. Hay una sola voz en su obra. El personaje de Camus, Jean Baptiste Clamance, es y no es un asesino. Abogado de fama, defensor del huérfano y de la viuda, ha conseguido un renombre transparente. Pero su vida, en esencia, es poco más o poco menos que la de todo hombre del siglo XX: «fornicar y leer el periódico». — Pronóstico de Camus respecto a la definición que darán los historiadores futuros del hombre de nuestros días. — Pero el abogado, salvada su vida aparente, se cree un hombre justo y digno. Hasta que un día... «Era la una de la noche, caía una suave llovizna que dispersaba los escasos viandantes. Acababa de salir de casa de una amiga; seguramente ahora ya dormía. Me sentía feliz, al andar; un poco torpe, sosegado el cuerpo, recorrido por una sangre dulce, como la lluvia que caía. Sobre el puente Royal, pasé detrás de una forma apoyada en el parapeto, y que parecía mirar el río. Ya más cerca, ví que se trataba de una jovencita delgada, vestida de negro. Entre los cabellos oscuros y el cuello del abrigo, se veía solamente la nuca, húmeda y fresca. Me tentó. Pero proseguí mi camino, después de una breve vacilación. Al extremo del puente seguí el malecón hacia Saint-Michel, donde vivía. Había ya avanzado unos cincuenta metros, cuando oí el ruido, que, a pesar de la distancia, me pareció formidable en el silencio nocturno, de un cuerpo al chocar contra el agua. Me paré en seco, pero sin volverme. Casi al momento, oí un grito, repetido

muchas veces, que descendía también por el río, después se apagó bruscamente. El silencio que siguió, en la noche de súbito coagulada, me pareció interminable. Quise correr, pero no me moví. Temblaba. Creo que de frío y de pasmo. Me decía que era preciso hacer algo, rápido, pero una flojedad irresistible invadía mi cuerpo. He olvidado lo que pensé entonces. «Demasiado tarde, demasiado lejos...» o alguna cosa por el estilo. Escuché siempre, inmóvil. Después, paso a paso, bajo la lluvia me alejé. No vi a nadie.»

Clamance necesita dos años para ver la herida abierta que le dejara el incidente del puente Royal. Dos años, no obstante, que mojaron de lluvia, cobardía y falsedad todos los actos de su vida. A la hora de acusarse se acusa de todo, a rajatabla. Nada bueno hay en él; toda su bondad es mentira. Hunde su prestigio, abandona París y su carrera, e inicia su extraño camino de redención. Se llama a sí mismo juez-penitente. Obliga con su confesión, a que se confiesen también los habituales y siempre nuevos visitantes de «Mexico-City». Se convierte en una especie de profeta del juicio final, antes de tiempo. Convencido, dogmático furibundo de sus propios caminos, sigue y prosigue su monólogo, exhortando al reconocimiento de la propia vileza, ante sí mismo. No hay Dios para Clamance, aunque nombre a Jesús. No hay esperanza. Porque, incluso, su débil esperanza racionalista, la tira por la borda en las últimas páginas del libro:

«Oh jovencita, lánzate de nuevo al agua, para darme por segunda vez la oportunidad de salvarnos! ¡Una segunda vez, vaya, qué imprudencia! Supongamos que sucediera. Sería preciso arriesgarse. ¡Brr...! ¡El agua es tan fría! ¡Pero, cerciorémonos! Es demasiado tarde, ya; siempre será demasiado tarde. ¡Afortunadamente!»

Con estas palabras Camus cierra su «recit», su obra.
¿Para qué la escribiría?

Bien están los alegatos contra la sociedad, contra nuestra forma de vivir, pero no se pueden cerrar todas las ventanas. Es mentira que la noche dure siempre. La noche puede ser larga, pero llega una amanecida. En cada corazón, en cada vida, hay una ventana abierta hacia levante, aunque en todos sus balcones muerda el rojo de oscurecidos ponientes.

Camus tiene razón en señalar defectos, pero se equivoca al no apreciar virtudes. Maneja balanzas de un solo platillo. Desorbitado. Y, arrancando las balanzas de las manos de Dios, deja que corra cada hombre con su autojuicio. Soberbio. Soberbia que paga con una total destrucción, con una definitiva caída.

¿Acaso, pretende Camus demostrarnos su tesis por reducción al absurdo?

Si fuera esa su intención, le felicito. Habría demostrado que el camino de hipotéticas redenciones seguido por Clamance no conduce a otra meta que a un norte brumoso y negativo. Ruta falsa, excluida. Pero... ¿dónde, Camus, tu indicador del verdadero camino?

Confieso que no concibo el gusto de muchos escritores modernos, de dejar a los lectores desorientados, en plena noche en un cruce de caminos. ¿O somos tontos?

L. d'Andraitx

Agua de MALAVELLA
Representante SEBASTIAN MESTRES

PASTELERIA
La Vienesa

Fábrica de GASEOSAS y SIFONES
CERVERA Cerveza DAMM

GARAJE CENTRAL